

J. ORTEGA MUNILLA
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL AVENTURERO



Ramón Sopena Provenza 95 Barcelona



00133316

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

Barcelona 10 de enero de 1922.

IMPRÍMASE
EL VICARIO GENERAL
FRANCISCO DE P. PARES

POR MANDADO DE SU SRÍA.
Lic. Salvador Carreras, pbro.
SCRIO. CANG.

BIBLIOTECA PARA NIÑOS



EL

AVENTURERO

POR

J. ORTEGA MUNILLA

(De la Real Academia Española.)



RAMÓN SOPENA, Editor.

Provenza, 93 a 97.—BARCELONA

BIBLIOTECA NACIONAL

Derechos reservados.

EL AVENTURERO

I

UNA BOFETADA

Entre Marbella y Estepona hay un lugarejo, de cuyo nombre no puedo acordarme, donde en la tarde del 11 de junio de 1847 se verificaba la fiesta patronal. Hubo solemne función religiosa, predicando uno de los más ilustres canónigos malagueños. Siguió la procesión, que fué espléndida. Millares de cirios, inagotable cantidad de ramos de flores, la muchedumbre lugareña con los trajes festeros, y los adornos de la Naturaleza: un cielo azul maravilloso, el perfume de las cercanas aguas marítimas, el regocijo común de la vida.

Y en la noche, el baile popu-

lar, en el recinto de la plaza, dominado por la sombra de una torre augusta que apenas había acabado de sonar sus campanas, que durante todo el día electrizaron el ambiente con sus vibraciones.

Hasta en la casa más mísera hubo festín. Hasta los más pobres se indemnizaron de las torturas del trabajo, a través del año, con la abundancia. Aquí los cabritos asados; allá, los espetones de sardinas; en esta fuente, el montón de los boquerones victorianos; en la otra, los trozos de lomo curados en la Serranía rondeña. Y en todas partes, la libación sin fin. Iban y venían los vasos llenos de vinos, y las jarras no se agotaron nunca.

El alcalde había dispuesto una corrida de novillos para el día siguiente. Contratado fué para matar un toro y lidiar otras re-

ses, un muchacho rondeño llamado Fulgencio de la Miel. Este mocito había toreado en otros pueblecitos de la Serranía. Era bravo, impetuoso, desdeñador de la vida. Cumplió su oficio lo mejor que pudo. Una vaca rucia le desnudó. Revestido con traje que le prestaran, siguió peleando; y cuando hubo de ejecutar el motivo de su contrato, capoteó, banderilleó y dió muerte de una estocada hasta la taza a un gentil torete, nacido y criado en Parchite, bravo y acometedor. Fulgencio obtuvo el aplauso de los espectadores, cobró los trescientos reales que tenía ajustados con el Municipio y se fué a la posada de la señora Victoria, donde él y otros dos mancebitos toreros se hospedaban por cuenta del Concejo.

Allí sirvieron al héroe del día y a sus compinches un abundante estofado de vaca, una docena de huevos duros y una ensalada de escabeche. Fulgencio comió a satisfacción y bebió en abundancia. Varios mozos lugareños que habían admirado la valentía y la destreza del novel torero, invitaronle al baile que se celebraba en la plaza, al compás de una charanga que había ido de no sé qué lugar cercano para amenizar la fiesta lugareña.

Fulgencio bailó con varias mozas. Una de ellas, llamada Andrea, hija de un rico ganadero, Rosualdo Pérez, mostró al torero

simpatía ferviente. Fulgencio dijo a la muchacha mientras danzaba:

—Más linda que tú no he visto ninguna otra. Me dicen que eres rica. Yo soy pobre. Puede que, andando el tiempo, sea también rico yo. ¿Quieres esperar a que yo vuelva de mis largos viajes para que nos casemos?...

Andrea repuso:

—No sé lo que ocurrirá. Tengo novio, un muchacho acomodado del pueblo; pero no te ocultaré que me gustas más que él...

—Pues entonces...—añadió el torero, oprimiendo entre sus brazos a la gentil danzarina—. Pues entonces, ¿qué dificultad hay?

Andrea contestó:

—Hay muchas dificultades... La primera, es que mi novio me reclamará, porque estamos a punto de casarnos... Y además, yo creo que mis padres no querrán, ya que ésta es tan buena proposición que me ha salido, para casarme con un torerillo que empieza.

Enardecido Fulgencio de la Miel con estas palabras, dijo:

—De lo que tus padres digan no podré contestar, porque ellos son los amos, y bien advierto que hombre tan insignificante como este que ahora baila contigo no merece ser dueño de tanta hermosura... Pero en cuanto a que tu novio, al que por lo visto no quieres mucho, te reclame, tengo brazos y puños para impedir

que me quiten lo que Dios me ha dado, esta alegría de este amor tan dulce y el orgullo de poseerte y de que seas mi mujer.

En esto cesó la charanga de



música. Y cuando Fulgencio llevaba a su pareja para que se sentara en el banco donde su madre estaba, un mocito, el gallo del pueblo, el tenorio de la localidad, Ismael, el novio de Andrea, se adelantó al torero y le dijo :

—Bien que hayas bailado una vez con mi novia ; pero no bailes más... Porque no te lo permito. Ella es para mí. Y por muy bravo que fueres con los toros, no lo serás tan bravo con los hombres.

Fulgencio colocó el dedo índi-

ce de la mano derecha sobre sus labios, imponiendo silencio. Después hizo un gesto invitando al provocador a que esperase. Y cuando Andrea quedó junto a su familia, volvió en busca del requirente,

—Usted me ha dicho—exclamó el torero—que no me permitirá que baile más con Andrea. Yo bailaré cuantas veces quiera ella y a mí me dé la gana.

—Eso será si yo no lo impido—exclamó con violencia Ismael.



Y entonces el torero dió una tremenda bofetada al tenorio lugareño, con la que le derribó sobre el suelo. Fué de tanto poder la agresión, que el ofendido no

pudo levantarse. La sangre le corría de la boca y de la nariz. Acudió la gente. Los amigos de la víctima quisieron apoderarse del agresor. Este repelió los contactos y escapó por la calle inmediata. Allí estaba el guardia nocturno Leonardo Albricia, un viejo soldado de la guerra civil, que ejercía cargo municipal en aquella aldea. Detuvo la fuga del torero, y le dijo :

—No sabes lo que has hecho, niño. Has estropeado al hijo del cacique. Te van a perseguir como a una fiera. Yo no te detengo, sigue tu camino. Eres un valiente. Con los toros y con los hombres... Y tomas esta senda, que está en las higueras, y llegarás pronto a tierras de salvación.

—Por haber respondido a un agravio— respondió Fulgencio de la Miel—no van a matarme.

—Matarte, no — dijo Albricia—, pero apresarte sí; y estarás aquí mucho tiempo en la cárcel, donde hay ratas como perros y donde no siempre comen los detenidos. Lo mejor es que escapes.

Tuvo Fulgencio un momento de dubitación. Al fin resolvió seguir el consejo del inesperado consejero. Empezó el camino, sin más ropa que la puesta y sin otro dinero que los pocos duros que le había pagado el Municipio momentos antes de la lidia taurina.

II

EL VIAJE EN LA NOCHE

Tras una hora de marcha por la senda que le había indicado Leonardo Albricia, el torero se encontró cerca del mar. La playa arenosa se extendía en curva infinita. A lo lejos, brillaba el faro de Tarifa. Poco más allá, centelleaban las luces marítimas de Gibraltar. Encontróse con un grupo de hombres que cerca de una lancha estaban. Eran contrabandistas, que habían alijado, sin daño para sus personas y sus intereses, fardos de tabaco, de sedas y de productos tintóreos recién llegados de América. Preguntó uno de esos hombres a Fulgencio de dónde venía, temiendo que fuese un agente de la Hacienda, de los que suelen auxiliar a los carabineros. Y cuando éstos supieron la verdad del caso, que les fué relatada por Fulgencio, invitaronle a embarcar en la barquita, con la promesa de que al otro día había de hallarse en las costas africanas y a bordo de un bergantín que iba a zarpar para América.

Fulgencio creyó que el incidente no le obligaba a la expatriación; pero según iba hablando con sus nuevos amigos, éstos le probaron la conveniencia de trasladarse lejos de la tierra don-



Algunas noches después sobrevino un temporal. Soplaban los vientos contrarios. (Pág. 10.)

de había de sufrir todas las penalidades de una persecución.

Tras largo coloquio, Fulgencio se rindió a la verdad. Comprendió que aquella bofetada le sometía a inmerecidos castigos. Y como además en su alma palpitase el ansia de la aventura, pasó a bordo de la lancha, y al otro día se hallaba en el bergantín *Bella Julia*, que cargado de frutos afrohispanicos iba a salir camino de Montevideo.

En ese viaje, nocturno y emocionante, Fulgencio de la Miel descubrió las dos orillas del Estrecho. A la derecha quedaba España, con sus luminarias ciudadanas. Enfrente aparecía la negra costa marroquí, sin señal alguna de vida.

Y el torero de la aldea, de cuyo nombre no puedo acordarme, durmióse sobre unas ruedas de jarcias, al compás de los remos, pensando en Andrea, y creyendo que aquel encuentro providencial significaría acaso en lo futuro la dicha de su amor.

III

NAVEGANDO HACIA LA TIERRA NUEVA

Una semana llevaba el bergantín *Bella Julia* en la ruta del Ecuador. El capitán del barco, no muy cuidadoso de pedir in-

formes de los que se le acogían, después de escuchar la franca explicación de Fulgencio, dijo a éste :

—Poco dinero traes, según me manifiestas. Pero no quiero que me des ni un real de vellón. Basta con que nos ayudes en la maniobra. Yo te dejaré en Montevideo, y allí podrás andar por las tierras nuevas, donde, si tienes honradez y laboriosidad, ganarás plata y llegarás a rico.

Algunas noches después sobrevino un temporal. Soplaban los vientos contrarios. Las velas iban y venían; el timón estuvo a punto de romperse. Fulgencio trabajó con el valor que le era propio, improvisándose en un oficio que desconocía. La obra muerta del bergantín sufrió daño. Y cuando la calma se restableció, el capitán dijo al torero :

—Los hombres valientes se acreditan aquí como en ninguna parte. Tú has matado toros. Tú has conseguido los aplausos del público en las novilladas de las aldeas. Ahora es cuando has conseguido el respeto de los fuertes y de los valerosos...

—Yo no he hecho sino cumplir mi obligación—contestó Fulgencio de la Miel—. Ayudar a ustedes para que todos nos defendiésemos del daño.

—Es verdad—repuso el capitán del bergantín—. Pero cada uno se porta según él. Yo amo a los bravos. Tú lo eres. Ya verás

cuando lleguemos a tierra cómo te recomiendo para que allá encuentres lo que mereces.

Después de este incidente trágico, Fulgencio siguió la navegación dichosamente. El capitán le explicaba cosas de la nueva tierra. Enseñóle a pescar con las líneas pendientes de las bordas, y se divertía el torero viendo cómo de cuando en cuando su anzuelo recogía a un pez misterioso, diverso de los que antes conociera. Así halló en esta faena monstruos de cuya existencia no tenía la menor noticia, animaluchos de grandes dimensiones que no se dejaban arrancar de las olas sin lucha y sin contienda, seres fantásticos para su ignorancia de hombre de tierra adentro.

Una mañana el capitán dijo a Fulgencio :

—Dentro de pocas horas veremos tierra. Vamos a pasar delante de la isla de los Lobos, que forma ya parte de la República del Uruguay.

Y, en efecto, en la madrugada inmediata, el bergantín *Bella Julia* se vió rodeado de focas que navegaban dulcemente, asomando sobre las olas sus cabezas rapadas, de cortas orejas y de ojos tristes.

El capitán explicó al torero andaluz que esos animales eran estimadísimos por la grasa fusible de sus cuerpos y por la delicadeza de sus pieles, que se cotizaban con altos precios, por-

que servían para los abrigo de las damas.

Pronto fueron recogidos treinta de estos mamíferos. Al ser elevados a la cubierta del bergantín, gemían y suspiraban los cautivos, como si fueran seres humanos. Golpes certeros los aniquilaron, y sobre los palos del barco quedaron expuestos largamente, esperando la hora del desuello.

Entretanto, al impulso de un viento favorable, el bergantín arribaba a Montevideo.

Y tras las obligadas imposiciones de la autoridad, Fulgencio de la Miel llegó a tierra.

El capitán le había dado dos cartas. Una, para un rico ganadero de Fraiventos, y otra, para un comerciante asturiano, de Buenos Aires.

Y así concluyó la primera parte de las aventuras del hombre que dió en la fiesta de la aldea rondeña una bofetada al tenorio caciquil de la tierra andaluza.

IV

EL REY DE LA TORADA

No tardó Fulgencio de la Miel en hallar trabajo en la hacienda de un ganadero que poseía milares de reses vacunas. El gerente de ese negocio estimó desde luego la calidad del servidor

que le había llegado inopinadamente. Siendo el ganado que criaba en la extensísima finca absolutamente pacífico, no faltaban algunas reses difíciles de manejar. Y Fulgencio se hizo dueño de ellas y las redujo a la obediencia.

Dos años permaneció allí Fulgencio. Era cuando las revueltas libertadoras de la América hispana. No intervino en esas luchas el aventurero. No fué sino un laborioso y fiel cumplidor de los deberes que su amo le impusiera.

El había acertado desde luego con el dominio de la ganadería criolla. El sabía cómo habían de ser gobernadas aquellas millaradas de reses. Jinete diestro, ambulaba por las llanuras guiando las operaciones del ganado. Y el dueño de aquellos vastos dominios admiró desde el principio el esfuerzo, la honradez y la gracia dominadora del español.

Hubo una dificultad entre los indígenas y el recién llegado. Un gaucho envidioso y malsín, trató de arrebatar a Fulgencio la estima del propietario del inmenso predio y de la innumerable ganadería.

—Tú— le dijo— has venido aquí a quitarnos lo nuestro. Y eso no lo queremos tolerar. Has sido torero en tu tierra, no temes las cornadas de los machos. Nosotros cabalgamos tan bien como tú, pero en la tierra y a

cuerpo no sabemos defendernos de las cornadas. Nos estorbas. El amo creará que vales más que nosotros. Y así, te ordeno, en nombre de todos los míos, que te vayas a otra parte donde no nos des la sombra.

Fulgencio contestó :

—No os he hecho daño, ni os lo haré nunca. Os estimo como compañeros en el trabajo. Valéis más que yo como jinetes. No sé, como vosotros, bolear al ganado, ni lanzar la cuerda para aprisionar a una res.

—Pero lo estás aprendiendo— replicó el gaucho—, y pronto lo sabrás tan bien como nosotros, porque eres muy ducho.

—Aunque así fuera— añadió el torero andaluz—, seré siempre vuestro fiel compañero.

El gaucho replicó :

—No nos basta esa esperanza... Es preciso que te vayas, porque, si no te vas, te mataremos... Aquí hemos de ser nosotros los que trabajemos. No hemos de consentir gente recién llegada.

Quedó en silencio un rato Fulgencio de la Miel. Luego contestó :

—Si me amenazas, no me iré... Porque yo no tengo miedo a nada ni a nadie. Cumpló mi obligación lo mejor que puedo, no os perjudico ni os perjudicaré nunca.

—Eso no basta— concluyó el gaucho—. Has de irte ahora mis-

mo ; si no tienes dinero, te daremos lo que necesites para que camines a otra parte. Toma este bolso de cuero donde hay monedas bastantes para que atravieses la tierra y llegues a la Argentina.

Y el hombre amenazador quiso entregar a Fulgencio un puñado de oro.

El torero repuso :

—Así, no me voy. Ni quiero esas monedas. Yo trabajo. Yo soy capaz de trabajar, y estoy dispuesto a jugarme la vida con quien me lo impidiese.

Al oír estas palabras, el gaucho embrazó el poncho y sacó al aire la cuchilla.

—Vas a morir—gritó.

Fulgencio esperó la acometida, sereno, magnífico, potente. Y cuando su enemigo avanzó para herirle, él le contestó con una patada fiera, que dando en el estómago al agresor, le derribó en el suelo.

Luego, Fulgencio puso su pie derecho sobre el rostro del vencido y le dijo :

—Ya ves cómo valgo más que tú. Ya ves cómo, sin arma, te he derrotado. No nos acordemos más de este suceso ; quiero ser tu amigo. Respétame como yo te respeto a ti.

Alejóse Fulgencio de la Miel ; montó en su caballo y siguió las obligaciones que le estaban encomendadas. Había de ser apar-

tada aquella tarde una punta de ganado de cinco mil reses para llevarlas a la costa, donde iban a ser embarcadas para los Estados Unidos de América.

El gaucho se levantó del suelo,



limpióse el polvo de la caída, montó en su penco y arreó detrás del vencedor. Y cuando estuvo cerca de él, le dijo :

—Seré tu mejor amigo. Eres fuerte, eres bravo, eres generoso... Cuenta conmigo para siempre.

Fulgencio estrechó la mano del gaucho y contestó :

—Dos hombres bravos se ponen pronto de acuerdo.

V

LA OLA DEL ORO

Las guerras interiores de la República Argentina pusieron a prueba el entendimiento y la resistencia de Fulgencio de la Miel. El general Urquiza dominaba en buena parte de la República. Rosas gobernaba dictatorialmente. En los choques y en los ímpetus de aquella raza prodigiosísima iba elaborándose el concepto de la nacionalidad recién libertada. El valor de los productos de la ganadería se había elevado fabulosamente. Y Fulgencio consiguió participaciones inesperadas en los beneficios del negocio, de que había comenzado siendo humilde operario.

En una fiesta tradicional que se verificó en honor de la Virgen de Luján, en un pueblecito recién iniciado, que pronto iba a ser una de las villas más opulentas del territorio, Fulgencio de la Miel estaba en compañía de los gerentes de la nueva y potentísima empresa pecuaria de que él era gerente y director. Los años no habían pasado en balde. El mocito de la tierra andaluza había encanecido. Su gentileza

grácil se había convertido en una forma de corpulencia varonil no exenta de hermosura. Conservaba Fulgencio el brillo de los ojos, la corrección de las líneas de la cabeza, la apostura señoril, hispánica. Llamábanle allí todos «el señor Fulgencio, el rey de las toradas»...

En el baile de esa fiesta, una damita italiana, hija de uno de los más opulentos labradores de la tierra, la «signorina Venus-tia», se adelantó a Fulgencio diciéndole :

—Quiero bailar con el hermoso español.

—Señorita—contestó Fulgencio—, yo no bailo hace muchos años. Me encanta y me enorgullece el deseo de usted... Pero yo tengo un secreto de amor que me ha rendido. Allá, en mi tierra, hay una mujer a la que he adorado. Perdóneme que no acepte su invitación.

—Pero, ¿sabe usted de esa su amada...? ¿Sabe si le ha sido fiel...? ¿Sabe si no se ha casado aún...? Aparte de que una danza no compromete a cosa alguna. Podemos bailar y separarnos para siempre.

Miró Fulgencio a la bella italiana y repuso :

—Es que si yo bailara con usted, no me olvidaría nunca de ese momento.

—Ni yo tampoco — añadió la italiana.

Quedaron los dos en silencio,

mirándose atentamente, los ojos en los ojos.

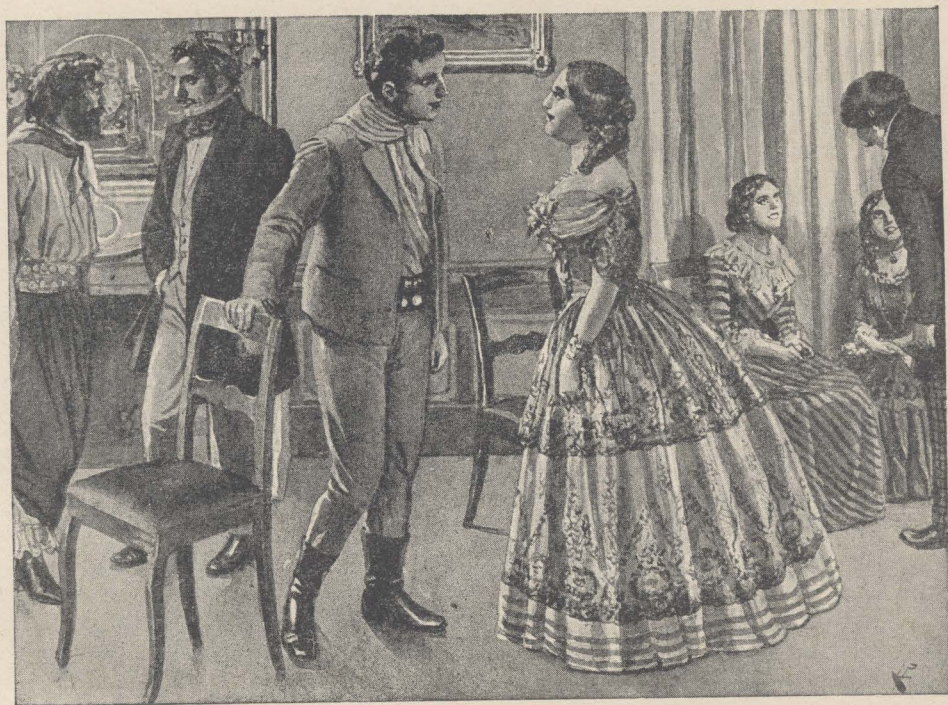
Venustia contemplaba al español. Fulgencio examinaba las perfecciones de aquella hembra prodigiosa.

Interrumpió la singularidad del caso Venustia, exclamando :

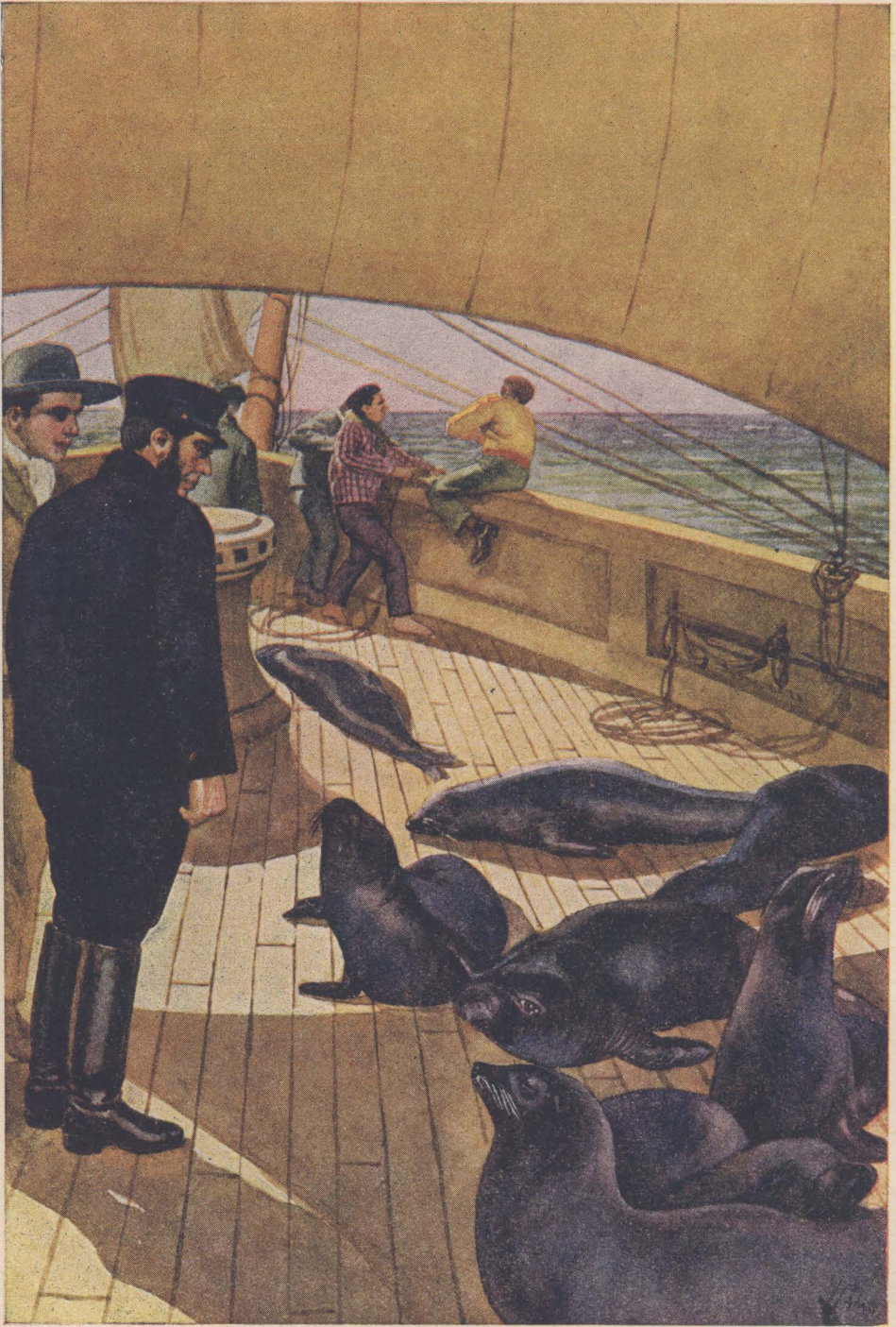
—Sé quién es usted. Le admiro, le quiero. Sé que usted ha venido de su lejana tierra hace años, buscando modos de vivir. Sé que por su valor y por su destreza ha dominado y ha conseguido una fortuna. Sé también que allá, en España, dejó amores .. Pero, ¿ por qué no renovar esos amores con quien le conoce y le estima... ?

En esto llegó al baile el inglés dueño de las tierras pecuarias en que trabajaba con tanta fortuna Fulgencio. Aproximóse a éste y le dijo :

—Acabo de llegar... Un largo viaje con las tropillas que han tirado de mi *silke*. Vengo a decirle a usted que en virtud de un contrato que hemos celebrado anteanoche, es usted poseedor de un treinta y cinco por ciento en nuestro negocio... Lo cual significa que es usted rico, muy rico... Déme un abrazo... Quiero que venga conmigo a que bebamos una copa de champaña en celebración del suceso...



...se adelantó a Fulgencio, diciéndole :—Quiero bailar con el hermoso español. (Pág. 14.)



Al ser elevados a la cubierta del bergantín, gemían y suspiraban los cautivos, como si fueran seres humanos. (Pág. 11.)

La italiana, que había oído las sentencias era hermoso. La lejanía de palabras del famoso negociante, era sublime... exclamó :

—Bien sea venida la ventura. Yo os ofrezco a vos, mi amigo admirado Fulgencio, el de España, mi mano y seis millones de pesos de que soy propietaria.

Salió de la fiesta y se dirigió a la oficina telegráfica, y allí dirigió a Ronda, a un amigo de su confianza con quien se había cartearado constantemente, este despacho :

«Dígame si Andrea, la hija de Rosualdo Pérez, vive, permanece soltera y aún se acuerda de mí.»

Tres días después recibió Fulgencio la respuesta :

«Andrea existe. Sólo piensa en ti. Está pobre y triste.»

VI

UN CABLEGRAMA

Fulgencio de la Miel permaneció toda la noche en la duda. Venustia, la bella italiana, le había llenado el espíritu de zozobra. El recuerdo de Andrea continuaba perturbándole. La escena de aquella corrida de novillos en que él había matado un torete, la rememoración del baile cuando estrechaba entre sus brazos a la gentil andaluza, le habían labrado el corazón. Cuando la escena de la aldea rondeña, Fulgencio de la Miel era pobrísimo. Cuando el baile en que Venustia honestamente se le entregó, él era rico. El inesperado arribo del gerente de los negocios en que Fulgencio intervenía había centuplicado su fortuna. ¿Debía olvidar a la niña de su tierra que dió origen a aquella bofetada, causa de su viaje a las Américas?

Permaneció largamente Fulgencio en la inquietud. Lo pre-

VII

EL RICO ITALIANO

Dos días más tarde, cuando Fulgencio de la Miel iba a partir de aquel pueblo argentino, después de haber cobrado inmensa cantidad en la venta de los bueyes de la industria de que era jefe, le visitó el fabulosamente rico italiano Ghiraldino de Proseco, el padre de Venustia.

Este hombre, que era todo barbas y pelambre, que vestía rústico traje, sin adorno alguno, y de cuya virtualidad social sólo había señales en el centelleo de las verdes pupilas, dijo a Fulgencio :

—Mi hija Venustia ama a usted. Soy muy rico, muy rico... Sólo tengo una hija... Ella quie-

re que usted sea su esposo. Vengo a ofrecerle la mano de esta señorita, que vive en el respeto de todos... Dígame si acepta el ofrecimiento.

Fulgencio de la Miel sintió



Este hombre, que era todo barbas y pelambre... (Pág. 17.)

una gran congoja. No sabía qué contestar. Después de un prolongado silencio, repuso :

—Honor como el que me hacéis no lo ha tenido hombre alguno. La señorita Venustia es de una virtud y de una belleza incomparables. Me concedéis ella y vos, mi amigo, lo que nunca pensé que pudiera serme ofrecido. . Pero yo amo allá, en mi tie-

rra, a una doncella, que conocí cuando era torero, que ha sufrido mucho por mí, que ha vivido adorándome, a través de los años, mientras yo intentaba en las nuevas tierras modo de enriquecerme... Ya comprenderéis, señor, que sería una infamia el que yo olvidara mis primeros amores y que fuera traidor a ellos... Si eso hiciera, no merecería, seguramente, vuestra estima... Decid a Venustia, mi honorable señor, que de todos mis viajes y aventuras es ella la gloriosísima grandeza... Dejadme que parta... Porque voy a partir... Dejadme que parta a mi tierra, en busca de los míos, con el anhelo de mi novia primera... Créo que trastornará mi dicha, si llego allá con fortuna, la visión de Venustia, tan linda, tan tierna, tan pura, tan admirable... Estrechad mi mano... Os ruego que no llevéis a vuestra hija una idea de repulsa. Decidle que estos hombres que vienen de lejanas tierras traen compromisos espirituales... ¡Cuán grande sería mi ventura si yo no hubiera jurado a una niña de mi tierra el amor de los amores...!

El viejo y opulento italiano, todo barbas y arrugas, que sonreía siempre, con su dentadura postiza, prodigio de los odontólogos de la masticación, tembló pensando en la amargura de su hija, de la hija rechazada por el español.

Puso término a este coloquio la frase del italiano :

—Es lástima... Usted es rico ya. Yo soy mucho más rico que usted... Juntos nosotros, hubiéramos sido en breve los más opulentos ganaderos de la República Argentina.

VIII

UNA CUENTA CORRIENTE

En un Banco malagueño apareció de improviso una cuenta corriente, girada por Empresas mercantiles americanas, de once millones de pesetas. El dueño de

esa fortuna era Fulgencio de la Miel... Sorprendió a todos los enterados del caso la aparición prodigiosa de cantidad tan grande a nombre de un malagueño. Poco después de establecido el crédito, llegó allí su poseedor. Fulgencio de la Miel entró en Málaga, pasó dos días en un hotel de la capital. Empezó luego el viaje para su tierra nativa. Fué directamente a la aldehuela en que ha comenzado esta historia, tan vulgar como verídica. No había mejorado el sistema de comunicaciones desde los días en que Fulgencio surgió miserable y perseguido después de la escena de la bofetada. Llegó, por



Cuando Fulgencio apareció, Andrea se levantó bruscamente. (Pág. 20.)

fin, el viajero transatlántico al lugarejo de que no hay noción en los diccionarios. Nadie le conocía. Hospedóse en la única posada, que se llamaba de *Victoria*, la *Guisandera*.

Preguntó por Andrea, la hija de Rosualdo Pérez. Contestáronle que estaba buena y que seguía al lado de su padre, aunque había sufrido mucho después de una aventura que tuvo en la mocedad.

Fulgencio se dirigió a la casa de Andrea. Ésta se hallaba tejiendo lino en un telar. Humildemente vestida, trabajaba en la hacienda castiza de los lienzos.

Cuando Fulgencio apareció, Andrea se levantó bruscamente.

—¿Eres tú?—exclamó.

Rosualdo estaba cerca, dirigiendo el negocio de los telares.

No necesitó explicaciones.

—¡El torero que vuelve...!

Y Fulgencio dijo :

—El hombre honrado que cumple sus obligaciones.

Andrea y Fulgencio se unieron en un abrazo.

Y el padre de la mujer leal, que había conservado a través

de los tiempos el recuerdo de la escena del baile, después de la corrida de novillos, levantó sus brazos bendiciendo el amor de los que, después del largo tiempo de dudas, se habían unido para siempre.

La boda se verificó de allí a poco.

Y Rosualdo Pérez preguntó, entre los agasajos del himeneo, a su nuevo hijo :

—¿Y cuánto dinero traes?

Fulgencio de la Miel entregó a su suegro un resguardo de la sucursal del Banco de España en Málaga, en el que le estaban acreditados once millones de pesetas.

Regocijóse Rosualdo y acabó con estas palabras :

—No puede valer más una bofetada...

E interrogando Fulgencio sobre su contendiente del baile, supo que ahora andaba pidiendo trabajo de casa en casa, porque todo el prestigio de su familia se había aniquilado en las borra-cherías e inutilidades de una prole sin méritos.

JANUARI 1911
 ORTEGA MUNILLA

EL SOLITARIO DE DEUSTO

I

«JUANÓN EL TONTO»

¿Recordáis aquella huelga que ocurrió en las minas de Bilbao en el período inicial de la Regencia de Doña María Cristina? ¿Vuelven a vuestra memoria los incidentes de esa perturbación en la actividad fabril de Vizcaya? Pues bien: entonces fué cuando apareció en el mundo, para los efectos de la historia, Elíseo Mayoral, que va a ser el personaje de esta novelita.

Elíseo Mayoral se había criado al amparo de una Orden religiosa que en aquellos términos, entre el Desierto, la Ría de Olaveaga y el Municipio de Deusto, ejercía su influjo propagandista.

El padre de Elíseo, Juan Ma-

yoral, llamado *Juanón*, había estado en la guerra civil, porque, creyente a machamartillo en la fe católica, estuvo siempre dispuesto para entregar su vida por el amor de Dios. En cierto combate, recibió *Juanón* una bala que le atravesó el cráneo. Diéronle por muerto en el hospital de sangre. Muerto no quedó, pero sí imbécil, y cuando concluyeron los disturbios y la paz se hizo, era *Juanón* guarda de uno de los almacenes de la mina más rica del contorno: le llamaban *Juanón el Tonto*. En verdad lo era. Apenas hablaba. Su dictamen era nulo en cualquier controversia, pero en lo tocante a la seguridad de los materiales e instrumentos que le estaban encomendados, no se habría creado por el más exquisito guardador voluntad más diestra y poderosa: él defendía aquel tesoro,

y antes le hubieran matado que permitir un hurto.

De lo poco que restaba de la mentalidad de aquel desventurado, lo más estimable era el amor del hijo, del hijo único. Elíseo costó la vida a la madre. Al mismo tiempo consiguió *Juanón el Tonto* los honores de la paternidad y sufrió las amarguras de la viudez.

Todos los afectos de aquel honradísimo luchador por la causa de Dios, quedaron reconcentrados en el niño que salía del vientre materno, dejando detrás la muerte. Buscó *Juanón* una nodriza y encontróla pronto en cierta mujer de una aldeúca de Galdames. Ella había perdido a su marido en la explosión de un barreno. María de Begoña, que éste era el nombre de la nodriza, se encariñó de tal suerte con el hijito de *Juanón*, que fué lo mismo que si lo hubiera ella parido. Y el desventuradico parecía enterarse desde los días primeros de la lactancia, de que había de merecerlo todo de la bondad ajena. Así decía María de Begoña a *Juanón*:

—Tu hijo, después de mamar, me besa. Es que me quiere como si fuera su madre.

Y *Juanón el Tonto* reía, sin entender bien el símbolo admirable de estas palabras. El de que los hijos sin madres buscan a la madre en el pecho que los socorre y los defiende.

II

MARÍA DE BEGOÑA

Fué María de Begoña, no sólo nodriza de Elíseo, sino, además, rectora del hogar de *Juanón*, cocinera y ama de llaves, consejera del imbécil cuanto honrado obrero, y guía de la familia. *Juanón* se sentía dichoso, porque su hijo iba creciendo, sano y hermosísimo, y porque aquella mujer que la Providencia le deparó administraba tan hábilmente los escasos haberes, que nunca faltaba cosa alguna y la comida era substanciosa y sana, y en el momento en que un pantalón se rompía, manos sabias lo remendaban. Y Elíseo creía que María de Begoña era su madre, y momentos hubo en que *Juanón* imaginó que la nodriza del hijo era su esposa. La mujer de Galdames supo estar donde debía, en una austera relación con el jefe de la familia, en una materna afinidad con el chicuelo. Fué tutora del pobre desprovisto de mentalidad y del precioso niño que, al mismo tiempo, se desarrollaba en la carne y en el espíritu.

Cuando Elíseo cumplió siete años, en una mañana hermosa de mayo, María de Begoña cogió de la mano a la criatura, y tras largo andar, la llevó a aquel alto

en que se destaca el templo de la Virgen. Era ocasión de una ceremonia solemne. En torno de la Virgen de Begoña lucían millares de cirios. Volteaban las campanas, sonaba el órgano. No poco trabajo costó a la peregrina llegar con Elíseo a las gradas de la Magna Señora. Y allí se prosternaron los dos.

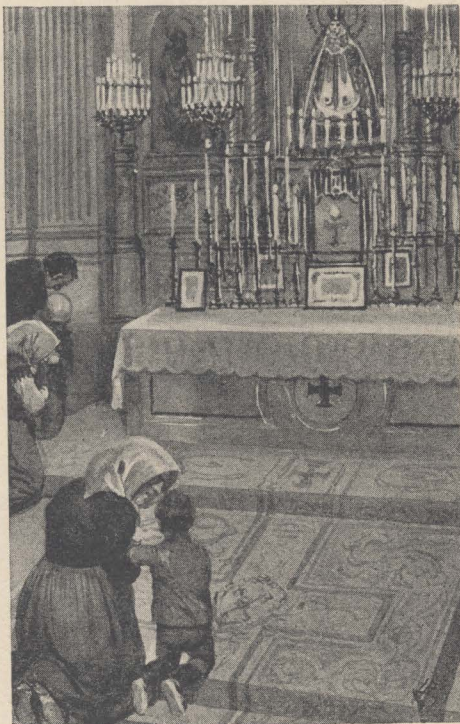
—¿Qué es esto, la madre? — exclamó el niño, oprimiendo el brazo de su nodriza.

Y María de Begoña, acercando su rostro al del muchacho, le contestó :

—Esto es Dios... Esta es la casa de Dios... Y esa Señora hermosísima, que en lo alto miras, es la Señora de Begoña, nuestra Santa Virgen, amparadora de cuantos hemos nacido en esta tierra y aun de cuantos nacieron y nazcan en este mundo, en toda la tierra, si creen, como tú has de creer, en el Dios único, y en la Virgen, su madre...

Elíseo recibió una impresión enorme, indescifrable. Él sabía de la existencia cosas efímeras. Su padre iba a trabajar a la mina. Volvía del trabajo. Limpiábase las manchas que le habían puesto en el cuerpo los minerales y el sudor de una gran fatiga. Y *Juanón*, después de la limpieza, no completa, se sentaba en una silla. Acudía María de Begoña con un vaso de vino que *Juanón* trasegaba lentamente.

Después *Juanón* llamaba a su hijo, acariciábale, procurando no manchar con sus manos, todavía sucias, la florescencia anagónica de los carrillos. Y besaba a Elíseo. Y Elíseo besaba a *Juanón*... Más tarde, poco más tarde, María de Begoña colocaba



sobre una mesa baja un pedazo de lienzo, y en él una cazuela de sopa de pescado, o unos pedazos de abadejo con pimiento riojano, y en ocasiones sonadas carne y patatas. Los tres comían abundantemente. Y Elíseo, con la manita derecha, que sujetaba un trozo de pan, mojado en la salsa, decía :

—¿Qué bueno está, madre María Begoña, qué bueno está!...



Y besaba a Elíseo. Y Elíseo besaba a Juanón... (Pág. 23.)

Y entonces *Juanón*, que había comido como un perro hambriento, añadía, a guisa de comentario :

—¡ Qué bueno está, hijo mío, y qué bueno es Dios, que nos protege !

III

COMIENDO MANZANAS

Y entonces fué la huelga. Disturbio general, violencia en todas partes. Los Altos Hornos se enfriaron, las líneas férreas fueron destruídas, hubo choques violentísimos entre los mineros

y la Guardia Civil. Fué necesario declarar el estado de guerra en Vizcaya. Los Gobiernos recibieron la impresión de un nuevo ímpetu social que aparecía. Y los magnates del Parlamento se quedaron extáticos, porque no pensaron nunca que caso tal ocurriera. Ellos, sus émulos, sus amigos y adversarios, habían vivido siempre en la idea de que los obstáculos de la gobernación habrían de referirse a la controversia política, a la lucha de los caciques, a las miserias de los bandos imperantes en cada comarca y en cada aldea. Y he aquí que, gentes no inscritas en las listas electorales, provocaban una dificultad importantísima. Entonces se dijo una frase, aún no publicada, pero que yo sé de buena tinta. La Reina Regente, Doña María Cristina, dijo a don Práxedes Mateo Sagasta :

—¡ No cree usted, señor presidente, que esto es un nuevo estado de cosas ?

Y don Práxedes contestó, con aquella justeza que le era propia :

—Señora : es, ciertamente, un nuevo estado de cosas el que nos sorprende... Y lo triste es que nos hayamos dejado sorprender.

María de Begoña, mientras la carretera de Bilbao a Deusto se hallaba ocupada por fuerzas de la Guardia Civil, llevó a Elíseo al convento que no he nombrado. Ella había hecho todas las

gestiones necesarias para que el niño fuese admitido en esa casa de Dios como fámulo. Los Padres que gobernaban aquel centro de piedad y de educación aceptaron al niño, y éste se portó de tal manera, que en un leve período, no más de seis meses, llegó a ser jefe de los otros fámulos; tal era la confianza que había inspirado a los regidores del Monasterio.

Juanón iba a ver a su hijo cada domingo, y le llevaba algún regalo. Tal vez un canastillo de manzanas; acaso media libra de chocolate. Elíseo besaba y abrazaba a *Juanón* y le decía:

—No me traiga usted, padre mío, estos regalos, porque los compañeros se ofenden. Ellos no tienen padres como usted. Casi todos son huérfanos.

Y *Juanón*, en su imbecilidad, reía, reía. Era que su alma se le escapaba en la risa. Y cogiendo una manzana meneábala en el aire exclamando:

—Elíseo, hijo mío: ¿tú no te acuerdas de tu madre? Fué muy buena, fué muy hermosa, y lo único que me queda de ella en el mundo eres tú... Hijo de mi alma, hijo de mis entretelas... *Juanón el Tonto*, *Juanón el Simple*, sólo tiene un día de gloria en el mundo: cuando viene a verte a esta santa casa... Cómete esta manzana, cómetela delante de mí. Que yo vea cómo tus diente-citos destrozan la carne blanca

y sabrosa... Cómetela, mi bien. Esas entrevistas se verificaban ante la portería del convento. Alguna vez llegaba un Padre de la Orden y, presenciando el caso, bendecía al padre y al hijo. *Juanón* se había puesto en pie para reverenciar al sacerdote. Elíseo temblaba, creyendo que los halagos paternos podrían ser contradictorios de los reglamentos de la casa. El Padre tranquilizaba a ambos, y decía:

—Hijos míos, hijos el padre y el hijo, y hermanos míos...: ¡cuán grata es la escena que presencio! Come esa manzana que tu padre te trae... Y tú, viejo sano y honrado, prolonga tu exis-



tencia para el ejemplo de los creyentes.

Y el religioso se iba a sus negocios y ocupaciones, y el dúo continuaba: el del niño, sirviendo en la casa de Dios; y el del padre, rudo e ignorante, a quien el amor al muchacho inspiraba frases de ternura. Entonces el perdido entendimiento florecía en el corazón.

IV

ELÍSEO MAYORAL

Dos años después... La revolución hervía. Los Gobiernos iban abandonando sus obligaciones defensivas del orden público. Sagasta y Cánovas murieron, el primero, en la fatiga de una larga lucha por el bien nacional; el segundo, bajo el revólver de un anarquista... Surgió un hombre eminente: Maura. Le apartaron de la gobernación combinaciones patricidas... El acaso inventó un gobernante: Canalejas. Acreditóse inmediatamente por el poderío de su talento, por la genialidad de su elocuencia, por su dominio de las tribus parlamentarias... Matáronle también los traidores...

Mientras tanto, Elíseo seguía sirviendo en la casa religiosa en que fué tan hermanablemente acogido.

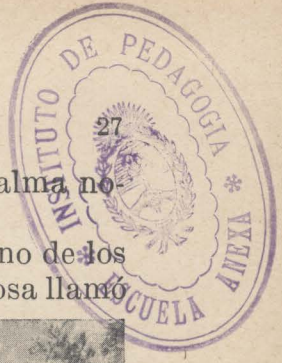
Elíseo tenía que cuidar de las

aves que había en el corral y en el convento. Habíanle enseñado cómo era posible dirigir la educación de los que llamó San Francisco «nuestros hermanos menores». El sabía cómo los pavos se envalentonaban en la lucha con los gallos y con las gallinas y les disputaban la pitanza. El sabía también cómo era posible poner término a las discordias de los gallitos nuevos que, apenas emplumados, aspiraban al señorío del gallinero. Nunca fué mejor regido un averío que en el período en que Elíseo gobernó los corrales del convento.

Y los Padres rectores de la casa se decían entre sí: «Buen muchacho tenemos. Él lo hace todo a maravilla.»

Pero un domingo en que Elíseo Mayoral salió, en uso de licencia, habló con ciertos sujetos que le esperaban. Ellos le dijeron que estaba perdiendo tiempo, que cuanto más sirviera a los frailes sería peor para él. «Tu padre fué víctima de esta canalla. Ellos, los amos, le obligaron a rendir hasta la última gota de sangre. Ahí tienes a tu padre en un asilo, donde está muy bien, muy bien, pero no tenía para qué aguantar esas vanidades generosas de los ricos. Si él hubiera defendido su trabajo, no se vería como se ve.»

Porque, en efecto, *Juanón* se vió un día impedido para el trabajo. Y le llevaron al asilo que



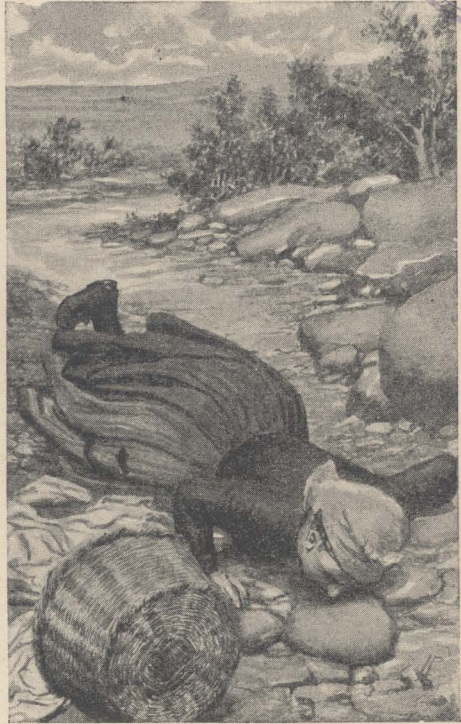
crearan damas eminentes de la plutocracia bilbaína. Cada semana le visitaban su hijo y María de Begoña. *Juanón* decía al despedirse de Elíseo :

—Mira cómo estoy, hijo mío. Procura ahorrar. Di a tu madre nodriza, María de Begoña, que escatime el gasto en la casa, porque si no vendrás aquí, o a otra casa semejante.

Y Elíseo meditaba sobre esta triste angustia del padre, sujeto a un asilo de misericordia ; él se decía :

—*Juanón, Juanón* mi padre, *Juanón el Tonto*. Llamábanle *el Tonto*; pero él trabajó sin descanso, y él no perdió un jornal, y él agotó sus energías en el trabajo. *Juanón*, mi padre adorado. Yo le quiero más cada vez.

dió a Dios la infeliz el alma, noble y pura.
Al caer de la tarde, uno de los Padres de la casa religiosa llamó



V

SOLEDAD

En quince días cambió el panorama moral de Elíseo. *Juanón* murió rápidamente ; dos días de enfermedad bastaron. María de Begoña, que iba a lavar ropas para agenciarse así ingresos, cayó, resbalando en los pedruscos, y se fracturó una pierna. Aunque pronto fué atendida y la cuidaron médicos competentes, pudo más la vejez que la ciencia, y tras una semana de fiebre, rin-

a Elíseo en el momento definitivo del dolor y le dijo :

—Hijo mío : quisiera que mañana confesaras y comulgases para ofrecer a Dios, con el alma limpia, grandes penas que te aguardan.

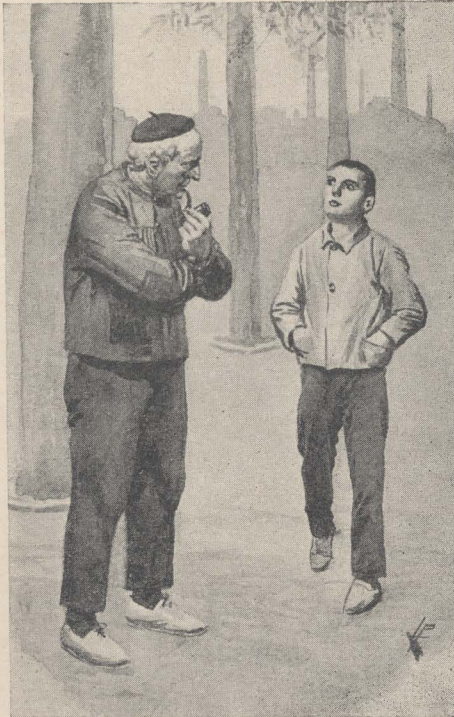
Elíseo se puso en pie, juntó las manos, tambaleóse como si fuera a caer en tierra, y gritó :

—¡Es que me he quedado solo!

—Solo no—replicó el padre—. Estás con Dios, nuestro Señor... Y en lo humano, estás con nosotros. Lloro y reza... Y ahora

vente conmigo; te sustituirán en la obligación que te confiamos...

Refirieron al muchacho los detalles de la desgracia. Él quedó anonadado, en una tristura imposible de expresar. Los infeli-



ces, cuando pierden el escaso arraigo que tienen con la vida, sufren una impresión semejante a la del que se ve precipitado en un abismo.

VI

LA SUGESTIÓN

Y aquellos hombres que habían hablado un día a Elíseo volvieron a hablarle. Eran momentos de gran propaganda revolu-

cionaria. En la huelga, fueron vencidos los obreros y no se resignaban ellos: querían el desquite. Esta vez las palabras su-gestionadoras caían sobre una entraña dolorida, y allí quedaron, con una actividad prodigiosa, como semilla enterrada en las vírgenes tierras. Toda la injusticia social fué mostrada a Elíseo. La vida de su padre, la de María de Begoña, tan elevadas, tan exquisitas, tan dignas de la felicidad, se habían hundido en la catástrofe, sin que nunca pasaran la alegría ni la abundancia cerca de ellas.

Y el propagandista, un viejo vestido de obrero, con la blusa azul remendada, con la boina coronando la cabeza gris, con la pipa en la boca, exclamaba:

—Y así siempre, mocito. Así siempre... Os engañan, os embaucan con fábulas, os enseñan a pedir la dicha a un ser que no existe, y os prohíben reclamar el derecho que os corresponde... Vente, vente con nosotros. Ahora trabajarás en una ferrería, donde están los buenos compañeros. Allí tendrás jornal abundante, consejos y lecciones. Allí te harás hombre. Deja a los frailes, sigue a los que somos de tu condición social...

La muerte de Juanón y de María de Begoña había producido en el ánimo de Elíseo un ansia de venganza. ¿Contra quién?... El no lo sabía. Pero halló en las

frases del reclutador revolucionario algo que respondía con el estado de su corazón doliente... Siguió al mensajero del mal, y no volvió ya a cuidar el averío del convento. Los Padres le echaron de menos.

—¿Qué habrá sido de Elíseo? —preguntaba un novicio.

Y un anciano Padre, harto de amarguras y de experiencias, respondió:

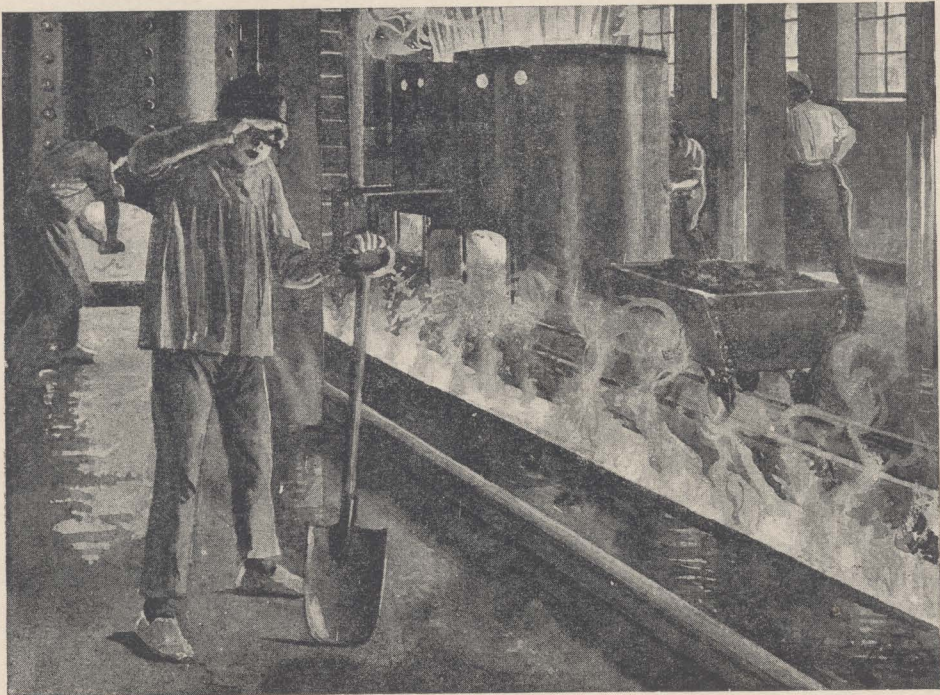
—Se lo han llevado. Pero ¡acaso volverá, porque es bueno!

VII

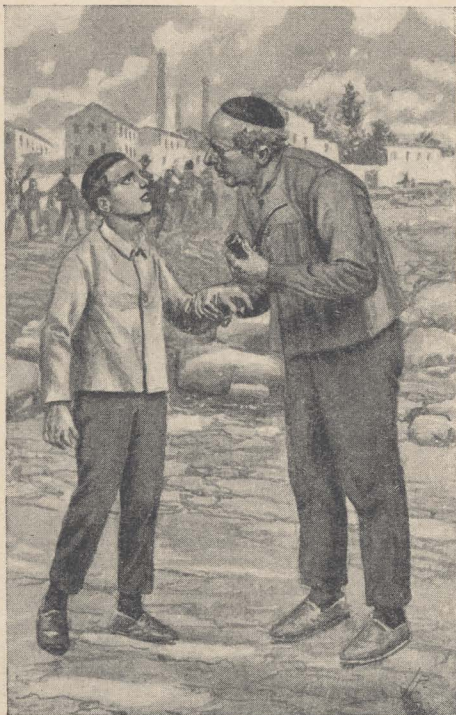
LA PRUEBA

En el establecimiento industrial en que Elíseo había ingresado, la labor era terrible. Cerca

de infernales recintos, que arrojaban llamas purpúreas y torrentes de hierro derretido, había de estar él largas horas, respirando una atmósfera asfixiante. A toque de campana se entraba, a toque de campana se interrumpía el esfuerzo. Y en el descanso, el neófito de la metalurgia y de las campañas disolventes, era llevado a un rincón del patio, donde, mientras tomaba un bocado de pan, escuchaba la doctrina. El hijo de *Juanón el Tonto* sentía a veces miedo. Los dictámenes que le inculcaban eran todo lo contrario de lo que le habían enseñado en su escaso aprendizaje de católico. Verdad es que no había tenido nunca un buen maestro que le mostrara



los abismos de la iniquidad. Había aprendido las oraciones, había escuchado algún sermón; pero nadie intentó siquiera colo-



car en el alma del niño una gota de esencia evangélica que, de haber llegado, habría convertido la tosca naturaleza de Elíseo en espiritualidad refractaria a todo consejo peligroso. De suerte que el hijo de *Juanón el Tonto* no podía oponer a las doctrinas de los revolucionarios una afirmación bien explicada, otra doctrina. Lo que le defendía aún era el recuerdo de María de Begaña y el de aquellas ocasiones en que la nodriza madre le llevaba a los altos de Bilbao, al monte celestial en que está la Virgen. Y Elí-

seo pensaba que si volviera él solo a visitar a la Señora de la iglesia, encontraría alientos para resistir en las dudas, fuerza para ser dueño de sí mismo, luz para alumbrarse en las tinieblas que le cercaban.

Nueva huelga surgía. Comenzó el movimiento con actos de *sabotaje*, y entonces fué cuando por vez primera fué usada esta palabra exótica en las informaciones de la Prensa. Un grupo de huelguistas quemó el almacén de herramientas de una mina belga. Las tropas de la benemérita fueron desobedecidas en varios momentos, y aun atropelladas. Sobre los nobles tricornios cayeron piedras. La ciudadanía se profanaba a sí misma en sus nobles, generosos amparadores. Fué preciso emplear la defensiva, y como luego acudieran masas numerosísimas, gritadoras, armadas ya de revólveres y de escopetas, el pequeño grupo de soldados viejos, que es trasunto que nos queda de los gloriosos Tercios de Flandes, se vió en el caso triste de apuntar sobre la masa amotinada. Cayeron cuerpos en tierra. Corrió la sangre.

Entonces, aquel maestro de la propaganda, que había reclutado a Elíseo Mayoral para llevarse a la fábrica metalúrgica, dijo al muchacho :

—Oye, chiquito. Ha llegado el momento. Hay que probar que eres un hombre Yo te saqué de

aquella casa de los hombres vestidos de negro ; yo te traje a esta fábrica, yo te he proporcionado un buen sueldo... Ahora hay que agradecer, y hay que demostrar el agradecimiento.

Elíseo contestó :

—Bien ; yo haré lo que se me mande, si es que puedo hacerlo.

Y el hombre de la cabeza gris y de la pipa humeante añadió :

—Es sencillo lo que vamos a pedirte. Pero fíjate bien. Depositamos en ti nuestra confianza. La causa del pueblo va a ser entregada en tus manos... Si nos traicionas, morirás, porque hay vengadores que siguen al traidor y le degüellan en la esquina, cuando de noche vuelve a su casa... Lo que te pedimos es que esta tarde salgas del taller, como si fueras con permiso del jefe a alguna diligencia tuya. Al llegar a la plaza, un hombre, que irá envuelto en una manta, te entregará un paquete, una caja, algo que tú no debes examinar. En seguida correrás con ese aparato, correrás muy de prisa. Tres minutos después... lo tenemos muy bien estudiado... llegarás a la estación del tranvía. Allí colocarás lo que se te entregó en el suelo, procurando que no te vean. Y seguirás corriendo, muy de prisa. *Si oyes una explosión*, no te asustes. Al oírla, te detienes, te mezclas con la gente que habrá de congregarse. Y nada más... ¡ Qué fácil, verdad ! Pues

sólo con esa intervención tuya habrás llegado a ser el admirado hermano de nuestra cofradía salutífera.

Elíseo escuchó estas palabras con atención primero, con espanto después. Aun siendo hijo de *Juanón el Tonto*, no le fué difícil adivinar que se le invitaba a un crimen, a un crimen odioso, a una de esas miserables osadías del anarquismo, que ponen la muerte en todas partes, conservando el gobernalle de la destrucción en manos misteriosas e irresponsables.

Miró Elíseo a su interlocutor con ojos de vesánico. En su espíritu chocaban ideas diversas. Detúvose antes de contestar.

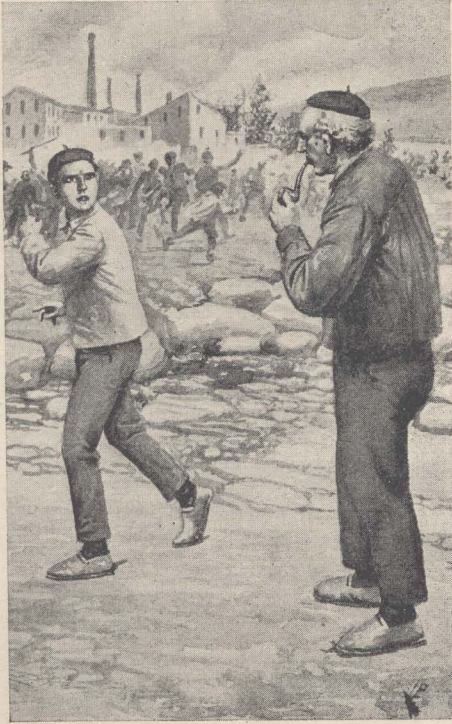
VIII

NOBLE REACCIÓN

En el sereno ambiente, plácido y amoroso, resonó de improviso una campana. Era la de la iglesia de Begoña, la que está sobre los altos de Bilbao, donde se rinde culto por miles y miles de españoles a la Madre de Dios... Y algunas de esas notas del bronce, que se dilataban bajo el *cielo bilbaíno*, llegaron a los oídos del niño aterrado. Elíseo creyó que *Juanón el Tonto* y María de Begoña, la nodriza madre, le llamaban desde la cúspide de la

Fe bilbaína. Y entonces surgió en su ser una inesperada, bizarra energía. Dijo :

—Eso no lo haré yo nunca. Lo que usted me propone es un cri-



men. Yo soy un chico honrado.

Y como el miserable sugestionador quisiera sujetarle de un brazo, él le repelió violentamente :

—Déjeme, déjeme — vociferó Elíseo—. Quédese con su máquina destructora. Maldita la hora en que le oí...

Y salió corriendo.

En el camino hacia Bilbao encontró grupos hostiles. Habíase reconcentrado la fuerza pública en la capital, y los obreros revo-

lucionarios dominaban en los alrededores. Elíseo continuó corriendo. Le llamaban. No contestaba él, ni se detenía. De pronto, sonó un disparo, que atravesó la boina del chico. Desnuda la cabeza, bajo el imperio del terror, el niño siguió en su marcha. Pudo, en fin, llegar al Alto de la Fe, entró en la iglesia de Begoña, que estaba solitaria. Arrodillóse ante el ara, y él creyó que la Virgen le decía :

—¿Cómo te me fuiste...? ¡Ven a mí...!

IX

EN EL AMOR DE DIOS

Mientras en Bilbao y en todo su contorno minero la lucha seguía, el hijo de *Juanón el Tonto* continuaba en la oración. Fué cerrado el templo. El vigilante de la casa dijo al niño :

—¿Qué haces aquí?

Y Elíseo repuso :

—He venido a pedir perdón a la madre, porque mis pecados son muchos.

—Bien, hijo mío—contestó el guardián del templo—; sigue rezando, acude a un confesor, limpia tu alma de pecado. Desde las gradas del altar o desde cualquier parte del mundo, la Virgen de Begoña habrá de escucharte.

X

CERCA DEL CIELO

Cuando hace poco tiempo hice yo un viaje a Bilbao, un buen amigo me dijo :

—Aquí tenemos un caso curioso: el de un joven que fué cristiano desde el nacer, y desvarió por querencias extrañas. Volvió a la Fe. Y él yace lejos de la vida bilbaína, en uno de los parajes misteriosos de esta tierra, como si hubiera querido buscar un rincón eremítico. Hállase el hombre a quien me refiero en una de las explanadas mineras de Deusto. Vive en una caseta de

tablas, que apenas le cubre contra las inclemencias del tiempo. Viste guiñapos. Ora siempre. Algunos vecinos le llevan pan. Otros le entregan monedas. Y cuando este sujeto tiene lo bastante para no morir de hambre, rechaza los subsiguientes donativos. Va cada día a oír misa en el templo inmediato. Comulga frecuentemente, cuando él se cree dispuesto al honor de la Majestad... Le llaman aquí el Solitario de Deusto.

—Pero, ¿cuál es la causa del sacrificio de una vida como la que usted me refiere?

—Hemos interrogado al Solitario, y él nos ha dicho: «Me equivoqué un día. Perdí el norte que me señalaron mi padre, que



era un tonto, y mi madre nodriza, que era una ignorante. Prescindí de los consejos de ellos. Fui unos días esclavo de los que se llamaban *sabios*. Y ellos me querían conducir al crimen... Para romper mi enlace con estas debilidades de mi espíritu he de vivir en la soledad y en la miseria. Pero no os entristezcáis los que venís a verme. Soy dichoso. Voy reparando, minuto a minuto, mi equivocación. Quiero ser un ejemplo... Orgullo, sin duda, que me castigará Dios... Para morir sin que mi vida signifique algo bueno, no valdría la pena de haber nacido...»

Y después de estas palabras, Elíseo, el Solitario de Deusto, exclamaba como si cantase :

—*Juanón el Tonto*, mi padre... María de Begoña, mi madre nodriza... La Virgen Santa... Dios...

Quise saber, no hace mucho, de este eremita que ahora reza en aquella vorágine de los negocios. Me fué difícil encontrar quien le recordara. Por fin, alguien me dijo :

—¿ Pero usted me habla de ese imbécil?...

Y yo contesté :

—Le hablo a usted de un santo...

*

* *

Los sucesos en que intervino el hijo de *Juanón el Tonto* se ha-

bían borrado de la mente de los pocos que los conocieron. Solamente algunos aldeanos de Olaveaga y de Deusto sabían que en la caseta de viejas maderas radicaba el Solitario. Y uno de esos aldeanos, a quien la fortuna me deparó en mis viajes, me contó el final de la vida del feliz amador de Dios.

Una tarde salió Elíseo Mayor de su escondite para ir a la montaña, a la santa montaña, en la que fulge la Virgen, Santa María de Begoña. El ermitaño había sentido dentro de su corazón un latido doloroso. El lo entendió como un llamamiento de la Patrona. Parecióle al triste que se le invocaba para morir. Y él quería caer ante la Señora... Era un día famoso en la devoción vizcaína. Llenos estaban los caminos y las sendas que conducían al altar. Marineros, pescadores, labriegos, pastores, mercaderes, aldeanucos de rudo cuanto nobilísimo aspecto, avanzaban lentamente para asistir a la misa tradicional. Allí se habían volcado los vecindarios de Uribarri, de Traucu, de Bolueta, de Las Calzadas, de Ibarsusi, de Santuchu y de las innúmeras aldeas inocentes y piadosas. Elíseo se halló ahogado en la masa. Iba rezando. El místico se abría paso difícilmente.

Y en la hora en que el sacerdote elevaba a «Dios a Dios», cuan-

do la Eucaristía brillaba en lo alto de las manos del oficiante, Elíseo dió un grito.

—¡ Madre mía!—dijo.

Creyó que la Virgen descendía de su tabernáculo, y sin que los otros presentes lo vieran, se acercaba al doliente. En el desvarío de los sentidos y de la inteligencia, imaginó que millones de hombres y mujeres, niños y ancianos, de todos los oficios y estilos sociales, llenaban no ya la iglesia, sino cuanta tierra desde lo alto se descubría. La Fe esta-

llaba en magnífica grandeza. Los enemigos de la Religión y de la sociedad desaparecían. Inaugurábase una nueva era de paz y de concordia, en la que los ricos no serían ya egoístas, ni los trabajadores olvidarían el evangélico precepto de la obediencia... Y descendían de los cielos las alegres turbas de ángeles, y sonaban músicas celestes. Y el Hijo de Dios flotaba en las nubes albas... Sueño del ermitaño de Deusto... Murió así el hijo de *Juanón el Tonto...*

EL CAPITÁN "QUASIMODO"

I

DUDA ANTE UN TRIBUNAL

En el año de 18... compareció en una de las salas del Alcázar de Toledo un mocito gordezuelo, de escasa estatura. Él aspiraba al ingreso en las legiones militares españolas. En los exámenes se destacó brillantemente este mozo. Pero cuando había obtenido los premios más solicitados, producía en los que le contemplaban una impresión de enojos. Sería cierto que él había logrado la estimación de los juzgadores; pero era tan bajo de estatura, tan gordo y deforme, que sería precisa una condescendencia universal para que aquel muchacho pasase a ser jefe de legiones militares.

Este sujeto de quien me ocupo llamábase Julio del Arenal. Era

hijo de un coronel que falleció en Cuba en la primera guerra de la Independencia. La viuda de aquel caudillo sufrió infinitamente para conseguir que el hijo del soldado ingresara en la Academia de Toledo. Tuvo la desdicha aquella madre sin esposo de que el hijo fuera un fenómeno de fealdad. Apenas nacida la criatura, y cuando andaba por las escuelas, llamáronle *Quasimodo*. Él sentía la consecuencia de su falta de hermosura. Él la aceptaba, sin embargo, con serenidad; y como si quisiera indemnizarse a sí mismo de esta desdicha, era bueno, honrado, valiente, estudiosísimo. La primera impresión que causaba en cuantos le conocían era cómica. La cabeza, gorda; los labios, abultados; la nariz, chata; los ojos, escondidos en las hondas concavidades ciliares; la espalda, anchísima; los brazos, dema-

siado largos, y las manos, recias, huesudas y potentes. Andaba moviendo de derecha a izquierda el cuerpo. Y lo peor de todo era que cuando en ese rostro aparecía la sonrisa, aparecía el horror antiestético.

No pocas veces los compañeros de colegio de Julio del Arrenal le gastaron burlas. Él las reprimió inmediatamente, porque tenía un concepto tan elevado de su propia dignidad, que no admitía ni la más ligera ofensa. Y como además era tan cumplidor de sus obligaciones escolares, y se llevaba el número uno entre todos los colegas, el respeto y aun la admiración le acompañaban.

En los exámenes de ingreso en la Academia de Infantería, después de haber hecho ejercicios brillantísimos, los juzgadores se detuvieron en largo raciocinio antes de proceder a la aprobación del solicitante.

Uno de ellos, caballeroso veterano lleno de nobles servicios, decía :

—Este muchacho es notabilísimo. No hemos examinado a ninguno que sepa tanto. ¡Qué aplomo, qué serenidad, qué profundo conocimiento de las cosas!... ¡Cómo vamos a negar el ingreso a quien tantos méritos tiene?...

Otro de los examinadores repuso :

—Es verdad... A mí me ha

asombrado. Y no sólo me inspira simpatía este aspirante, sino que recuerdo la gloria de su padre, que fué un buen soldado.

Y el tercero de los jueces intervino con estas palabras :

—Pero fijémonos en el caso de



...La cabeza, gorda; los labios, abultados... (Pág. 36.)

la risa que ha de inspirar su figura cuando se presente ante los soldados. La muchedumbre militar ama lo hermoso. Y es natural que así sea. Y la sonrisa franca o contenida que inspire el monstruo...—porque el niño es un monstruo..., no me lo negaréis—, pondrá la disciplina en trance de riesgo en cada hora

El viejo presidente del Tribunal añadió :

—Y además de lo que ha demostrado el aspirante Arenal con sus estudios, tengo yo mis noticias de que es un bravo, de que nunca ha consentido donaires sobre su fealdad. Y sé que en todo momento será un ejemplo magnífico de dignidad hidalga.

Después de este coloquio se impuso el sentimiento de equidad. Arenal fué aprobado y entró en la Academia con los timbres más augustos : los del entendimiento y de la voluntad.

II

LA HISTORIA DE UN FEO

Todos los honores que corresponden a un alumno afanoso de saber, exigente para sí mismo de los sacrificios más penosos, fueron otorgados a Julio del Arenal. Y a fuerza de empeño consiguió él vencer los obstáculos que su pésima contextura le ofrecía para lo puramente físico. En los juegos bélicos ganó el lauro. Venció en la carrera, fué el primer esgrimidor de la sala de armas, obtuvo el aplauso unánime de sus compañeros, porque en todo ponía el heroísmo... ¿Sabéis bien lo que es el heroísmo? No es sólo dejarse matar, ni el de acometer empresas osadas, sino el ejercicio supremo de la vo-

lición : querer, querer siempre, y poner en todo instante el contenido de las energías esenciales en lo grande y en lo pequeño... Así fué Julio del Arenal.

Contra lo que habían imaginado aquellos buenos maestros de Toledo, al soldado le causó impresión gratísima el teniente que los mandaba, porque éste supo hermanar la disciplina con el cariño. Y en las cuadras y patios del cuartel decían los soldados :

—El más feo de todos los hombres ; pero el mejor de ellos.

Circuló por Madrid la noticia de que había en un regimiento un muchacho monstruoso y al mismo tiempo admirable. Ganó la fama Arenal de ser un sujeto excepcionalísimo.

Llegaron días de lucha. El pidió y obtuvo ir a la ocasión del peligro. Estuvo en Africa. Allí realizó prodigios. Los muchachos a quienes él mandaba sentían el entusiasmo más ferviente por *Quasimodo*, porque he de decir que el mote que le pusieron los primeros condiscípulos de la edad primera acompañaba al teniente. En las acciones del Norte de Marruecos, Julio del Arenal ganó la prez suprema. Ascendió a capitán. Y cuando en un banquete de los que celebra la oficialidad bajo una tienda de campaña o al aire libre en los lugares en que pelea se honró el ascenso de Arenal, el veterano coronel

que presidía dijo con el ingenuo hablar de los hombres que viven en estos azares, nunca bien recompensados :

—Brindo por el capitán Julio del Arenal, el feo hermoso, el valiente sin tacha...

Sonaron los aplausos, estremeciéndose el recinto con los vítores. *Quasimodo* lloró, queriendo arrancarse de los ojos las lágrimas con fuertes puñetazos.

El escribía poco después a su madre, a doña Clara, residente en Madrid, y en la carta había estas palabras :

«Madre mía : Sigo tan bueno como siempre, tan fuerte como siempre... y más feo que nunca.

Mi apodo triunfa. Hasta los soldados dicen entre dientes : «El capitán *Quasimodo*»... Pero a mí me basta con parecerme a ti hermoso, mi buena madre. Tú me has dicho qué pensaba yo sobre el matrimonio y sobre amores... He de decirte que amo a una mujer. La conocí en Melilla. Es hija de un comerciante español de poca fortuna que comienza ahora sus negocios. Es linda como una rosa, virtuosísima. Pero ella no me hace caso. Yo le dije una noche en cierta fiesta verificada en el teatro : «Adoro a usted ; pero comprendo que usted no puede amarme a mí : soy demasiado feo...» ¿Quieres saber cómo se llama esta niña ? Se



llama Eladia. Es delgadita, esbeltísima, con el pelo negro, con una nariz divina que parece copia de antigua estatua. Ríe siempre, y sus labios se mueven rojos y húmedos como para enseñar una dentadura de perlas. Ya ves, madre mía, que no he puesto mis ojos, mis ojos pequeños y escondidos, sino en algo digno de ti... La muchacha me contestó: «Yo le estimo a usted mucho, Arenal. Sé que usted es un hombre de mucho entendimiento, muy valeroso, que tiene el cariño y la admiración de sus compañeros. Acépteme como amiga, y eso baste...» Al oír que Eladia me invitaba a la amistad, entendí que me negaba el amor. Y ésa es mi tristeza. Bien sé que un hombre como yo, tan monstruosamente feo, no puede ser amado por una mujer. En ello radica mi único dolor, mi única amargura... Pero cúmplase la voluntad de Dios. Si estoy destinado a pasar por la vida con esta horrenda maldición de mi fealdad, yo sabré convertirla en mérito para el día futuro... No te angustien mis confidencias, madre mía, porque, fuera de estas cosas, soy feliz. Pienso en ti a toda hora. Tal vez dentro de unos meses me darán licencia e iré a besar tu frente y a estrecharte entre mis brazos, porque tú eres la única mujer que me ama y la única que ha de amarme siempre...»

Una noche hubo en Melilla una fiesta espléndida, organizada por las principales señoras de aquella plaza. Era un beneficio recaudatorio para los pobres. La solemnidad se verificaba en el teatro. Los organizadores quisieron que comenzara el acto con un discurso leído o pronunciado por un jefe de la guarnición. Todos pusieron la vista en Arenal, porque era el único que tenía la calidad oratoria. Éste, invitado al efecto, se negó absolutamente.

—¿Es que queréis—dijo a sus colegas—que aparezca en el escenario un bufón? Yo no soy un bufón. Soy un triste, un hombre que lleva sobre sí las consecuencias de un pecado que no ha cometido. Soy feo, soy risible, ¿cómo queréis que lleve yo la voz vuestra, de esta legión magnífica en que hay tantos hombres gallardos e inteligentes?

Y un compañero de promoción del capitán *Quasimodo* acabó con esos obstáculos diciéndole:

—Es que tú, Julio, sabes más que todos nosotros, y hablas como ninguno de nosotros y tienes una reputación bien ganada.

Sonrió Julio con aquella triste sonrisa que le era propia, y dió esta contestación:

—Haré lo que queráis. Estoy sometido a vuestros designios.

Prodújose en Melilla una emoción profunda y una curiosidad enorme al saberse que el capitán



La compañía de que era jefe el capitán *Quasimodo*, avanzó entre los matorrales, recibiendo los disparos enemigos. (Pág. 45.)

Quasimodo iba a aparecer en el escenario.

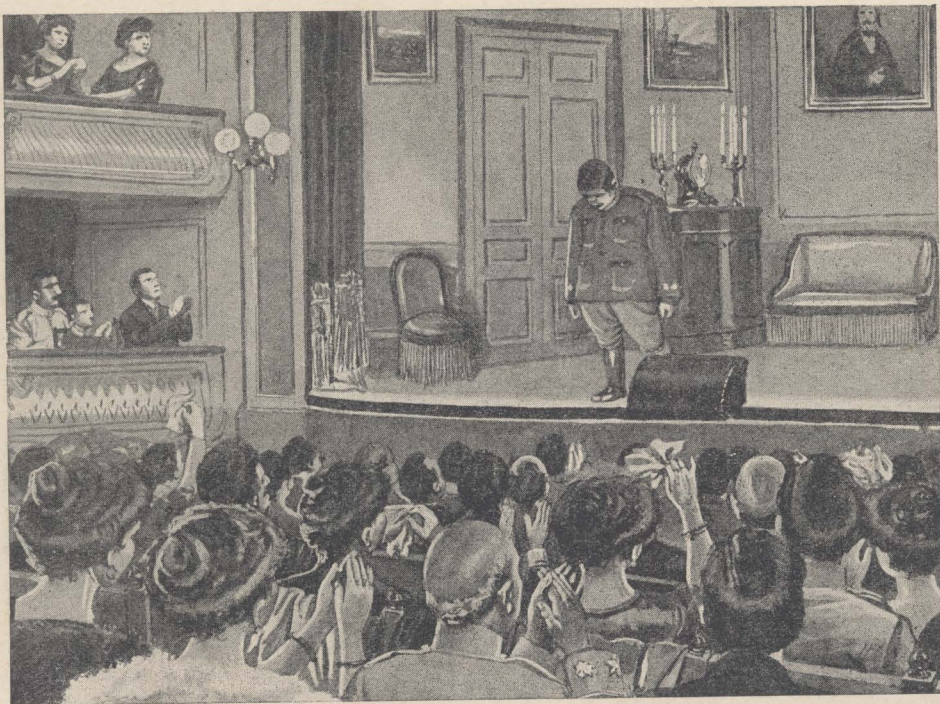
La fiesta se componía de varios elementos agradables. Una compañía dramática que actuaba allí representó el entremés de Cervantes *Los habladores*. Una distinguida señorita, hija de un general con mando en la plaza, cantó maravillosamente una canción de Iriarte, acompañada por guzlas y guitarras españolas. Después se presentó sobre las tablas el capitán *Quasimodo*. Fué recibido con aplausos. No faltaban las sonrisas burlonas y los comentarios irónicos entre los espectadores; pero se impuso la cortesía. Y Julio del Arenal habló brevemente, rápidamente,

elocuentísimamente... Dijo cosas hondas, emocionantes, magníficas. Electrizó a los oyentes, produjo en ellos el máximo entusiasmo. El hombre feo, el monstruo de la fealdad, se engrandecía por el entendimiento, y hubo ocasiones en que la torpe facha del dicente apareció revestida de suprema magnificencia.

Al otro día, el capitán *Quasimodo* había logrado el cariño de todos. Las muchachas decían: «¡Qué lástima que sea tan feo!»

Un moro rico que en Melilla vivía y allí tenía sus negocios, invitado al acto, salió diciendo:

—El capitán Arenal es el hombre más grande que yo he conocido. Feo, muy feo; pero grande, muy grande.



III

EL MONSTRUO Y LA BELDAD

Eladia Montoro, que así se llamaba de nombre y apellido la mujer por quien suspiraba el capitán Arenal, esperó a que terminara la fiesta del teatro para que saliera el orador. Estrechó la mano de éste y le dijo :

—Estoy asombrada del talento de usted.

—Pues yo, Eladia—contestó *Quasimodo*—, he dedicado a usted todo lo que he dicho, y le dedico todo lo que puedo decir y hacer en mi vida futura. Es usted el objeto de mis ansias. Sé que no la merezco... Pero sepa que no obstante mi convencimiento de la realidad triste que me rodea, si usted no me quiere moriré de pena... Estoy muy triste... Vivo muy triste, porque me hallo en la certeza de que nunca conseguiré lo que anhele.

En estas palabras del capitán *Quasimodo* hubo tanta ternura, tanta emoción, que Eladia se sintió traspasada por el efluvio de un hombre bueno y grande, tan feo como grande y bueno, pero digno de una recompensa, la única que él deseaba.

Eladia dijo :

—Hablaemos... ¿Quiere usted venir a mi reja mañana?... A las once de la noche... Esto no es compromiso ni una resolución

mía. Es el único modo que se me ocurre de corresponder a sus bondades para mí.

Experimentó Julio una infinita alegría. ¿ De modo que Eladia, la musa de su vida, la encantadora muchacha objeto de las codicias de todos los cortejantes de la ciudad, se dignaba pedirle



una conferencia a través de la reja, entre el perfume de las rosas y de los claveles?... ¿ No sería esto el principio de la aventura ?

Repuso Arenal :

—Iré. Iré a la hora que usted me indica, Eladia... Y pase lo que pase, tendrá usted en mi alma un altar de reverencia.

La muchacha añadió :
 —Repito lo que ya le he dicho : que esto no es compromiso ; no es sino el respeto que usted me merece, la admiración que me inspira. Otros me han solicitado. No amo a ninguno. Tampoco le amo a usted aún. Pero volveré a repetir la frase : le admiro.

IV

COMBATES

Aquella noche, el capitán Julio del Arrenal no durmió ni un segundo. Estaba loco de alegría. El corazón y el cerebro actuaban al unísono. Sentimientos, ideas, planes... El había pensado, nuestro pobre héroe había pensado cómo comenzaría en este inicial coloquio de posible amor. Estudióse a sí mismo ante el espejo. «¿Qué traje llevaré?... ¿De militar? ¿De paisano?» Dudó largamente ; y, al fin, estimó que sería lo más propio vestir el uniforme militar. Y cuando iba a resolver sobre este extremo, recibió la orden de hallarse a las tres de la mañana en el campamento avanzado para tomar parte en una operación últimamente decidida por el Alto Mando. Escribió en un papel estas líneas a Eladia :

«He de salir hoy a operaciones. Me importa poco morir. Lo único que me entristece y agota

mis energías es que me sea imposible acudir a la reja, donde tanto tengo que decir a usted... Perdone la obligación inexcusable en que me hallo... Mi corazón irá esta noche a la reja, y allí lo sentirá usted latir... Temo el fracaso de mi deber militar, porque voy sin corazón.»

En la madrugada siguiente salían de Melilla varias legiones para tomar las sendas que conducían a los puestos militares que el Estado Mayor determinó como medios de triunfo en las inmediatas operaciones. Hubo terribles choques. Los rifeños tenían preparada la operación. El ejército cumplió como siempre sus deberes.

Ved las lomas cubiertas de arboleda, los barrancos húmedos, por donde pasan las aguas de las fuentes ; los conjuntos de aduares, que se destacan aquí y allá... La muchedumbre rifeña se agita prodigiosamente entre el temor y la esperanza. Gentes salvajes, defensoras del terruño, fuertes y vigorosas, preparadas al sacrificio...

Lo primero que nos importa a los españoles es estimar la calidad del enemigo. Este cree cumplir una obligación religiosa y política, y pone en ello la magnitud de su energía. En esos aduares míseros, las mujeres y los chiquillos rodean a los hombres que van a salir para el combate,

y los besan y los acarician... hora después el capitán Arenal Fuera indigna crueldad nuestra y los muchachos que le seguían no reconocer que en esos aduares se habían hecho dueños de la hay algo respetable. Y fuera montaña. Entonces fué cuando olvido de nuestra obligación histórica el no sentir la imposición de una victoria que nos ha demandado con la justicia de una obra nacional, el viejo recuerdo de las lides españolas...

La compañía de que era jefe el capitán *Quasimodo*, avanzó entre los matorrales, recibiendo los disparos enemigos. Aquí caía un soldado, allá otro. El capitán *Quasimodo* buscaba la manera de que no cesara el avance. Él tenía orden de ocupar una montaña que a lo lejos se destacaba. Desdeñó los ataques y quiso cumplir la obligación. Entonces Julio ordenó a sus soldados que corriesen como gamos, que volasen como golondrinas, que tomaran la senda difícil y llegasen al término de la cúspide. En torno sonaba la trepidación de los fusiles rifeños. Los muchachos subían, el capitán iba delante de ellos, con una agilidad inverosímil. De pronto Julio sintió en el costado un golpe. Cayó en tierra. Estaba herido. Quiso incorporarse, y con una aberración muscular asombrosa, lo consiguió. Lanzó un alarido de victoria con el que ordenó las tropas, que al ver la caída de su jefe desmayaron un punto. Desde ese momento el avance fué raudo e invencible. Un cuarto de



muslo derecho. Chorreaba sangre. Las fuerzas iban a faltarle; pero aún conservó la suficiente para organizar la defensa, para disponer los medios defensivos, para distribuir a la tropa.

Llegó un refuerzo: un teniente con cincuenta soldados. Con ellos iba un médico que prestó auxilio al lesionado y a los otros individuos de la sección que habían sido heridos.

El médico aseguró al capitán Arenal que curaría pronto, que

conservaría la pierna, que antes de un mes quedaría en condiciones de continuar la campaña.

En el hospital de Alcántara, de Melilla, pasó ese tiempo y un poco más el capitán *Quasimodo*. Su brava naturaleza le restauró pronto. Así que pudo dejar el lecho, pasaba largas horas sentado sobre un sillón a la sombra de un toldo. Muchas veces preguntó si había ido alguien a enterarse del estado de su salud. Imaginaba el pobre que Eladia no habría dejado de sentir tristeza al



saber el caso. Y la verdad es que nadie tuvo la menor atención para Julio. Y esto le produjo tristeza, mucha tristeza, dolor in-

mensurable. Y, después de largas meditaciones, decidió el melancólico poner término a la crisis pasional que le dominaba.

Dado de alta, fué una mañana Julio a casa de Eladia. Solicitó verla. Y una vez en su presencia, le dijo :

—Comprendo que me he equivocado. Nunca mereceré el cariño ni aun la estima de usted, y como antes que otra cosa soy un hombre digno y pundonoroso, no quiero mantenerme en el ridículo de amores no correspondidos. Harto sé que soy feo, muy feo ; harto sé que no merezco la recompensa de un cariño que hubiera sido mi ventura, pero tampoco quiero prolongar más esta situación. Usted es digna de enlazarse con el galán más bello, bizarro y rico de cuantos haya sobre la tierra. Quedo muerto. Las esperanzas de dicha han desaparecido para mí. No amaré a ninguna otra mujer. Seré el solitario, el despreciado. Adiós, Eladia ; adiós para siempre.

Estas palabras y el gesto de amargura que se marcaba en el rostro del capitán *Quasimodo* conmovieron a la muchacha. Quiso detenerle.

—Dice usted eso — repuso — porque no he ido al hospital y porque no he tenido ninguna manera de respuesta a la carta que usted me escribió cuando se vió obligado a no acudir a una cita que yo le daba. Pues ha de

saber que he seguido con interés y muchos hombres civiles. Tam-
su suerte. Y que he sabido cómo poco faltaron las damas, y entre
fué el caso y he admirado su va- ellas estaba Eladia, acompañada
lor y he celebrado su curación... de su madre.

Mientras hablaba Eladia, en La primera impresión que re-
el espíritu de Arenal empezaba cibió la linda muchacha al ver
a fluir el júbilo como de fuente a su amador y requirente, fué la
sellada que de improviso rompe de extrañeza. Parecióle observar
en caída de frescura y de amor... en la faz del héroe una huella de

Dijo el capitán :

—Ignoraba ese interés... Pero La primera impresión que re-
usted no me ama, ni puede amar cibió la linda muchacha al ver
me nunca... a su amador y requirente, fué la
de extrañeza. Parecióle observar

—Amarle—exclamó Eladia—, en la faz del héroe una huella de
i. o. Admirarle, sí. angustia. Y lo extraño es que a

—La admiración no me sirve La primera impresión que re-
para nada. Sólo el amor recom- cibió la linda muchacha al ver
pensaría mi esfuerzo y mi sacri- a su amador y requirente, fué la
ficio... Pero conste, Eladia, que de extrañeza. Parecióle observar
yo nunca he creído que usted me en la faz del héroe una huella de
dedicara su afecto. Sólo en las angustia. Y lo extraño es que a
fábulas antiguas consiguen los Eladia le pareció que esa huella
monstruos el cariño de las belda- no aumentaba la fealdad del ca-
des... Adiós, Eladia ; adiós para pitán, sino que antes bien, la
siempre... adornaba con rasgos dignísimos
y conmovedores. Lo que había

V

EL MONSTRUO HERIDO

Julio Arenal obtuvo por su Un viejo coronel, que admira-
conducta en el combate de que ba grandemente al capitán *Qua-*
he hablado, la cruz laureada, *simodo*, dijo al oído de un com-
la insignia suprema del valor, pañero :
la que destaca a los luchadores y —Esto es extraordinario. Siem-
los engrandece y los magnifica. pre pensé que Arenal era de car-
Para imponer al capitán *Quasi-* ne distinta a la nuestra. Pero
modo la presea esplendorosa, se nunca creía que en la hora de la
verificó en Melilla un acto públi- glorificación se nos presentase
co, al que asistieron las supre- de ese modo.
mas autoridades militares, re- Y el jefe a quien decía estas
presentaciones de la guarnición palabras el insigne coronel, le in-
terrumpió así :
—Es que usted ignora el dra-
ma que hay en ese espíritu. El



Quando el cadáver del capitán *Quasimodo* llegó honoríficamente conducido a Melilla en un armón de artillería... (Pág. 51.)

capitán Julio del Arenal ama a una mujer, que está presenciando la fiesta. Ella no le corresponde. Y es natural. Hombres como éste son para admirados en historia; no para acariciado por las hembras. Y Julio, que es ante todo dignidad y honor, ha sacrificado sus ambiciones y ha renunciado a las esperanzas. Por eso se halla en la aflicción máxima que cabe. Tiene idea exacta de su deformidad... Es el monstruo herido... Se salvó del ataque de nuestros adversarios. No ha podido salvarse de la lesión producida en su alma por una mujer desdenosa.

Cuando Julio del Arenal pudo retirarse del sitio donde le habían entregado la cruz augusta, desapareció misteriosamente. No se supo de él nada en toda la noche. Le esperaban en un banquete de sus compañeros. No asistió. Fueron a buscarle a su domicilio. No estaba. Sólo se supo de él en la mañana siguiente, cuando en la hora de la amanecida se le vió entrar en una iglesia.. Allí se prosternó ante un confesonario; comulgó después. Luego permaneció largamente ante el altar.

VI

SOLEDAD DEFINITIVA

Poco después recibió Arenal la noticia de que su madre había muerto. Consternóle la desgra-

cia. ¡Pobrecillo!... Ahora sí que estaba solo, completamente solo. Y su soledad era más grande y definitiva, porque cuantas esperanzas puede tener un hombre las había destruído el ansia de amores fracasado.

El capitán *Quasimodo*, como si se mirara en un espejo, comprendía el horror que inspiraba a todos con su facha desmañada, con su espalda *orangutanesca*, con sus brazos largos, con sus manos feas, con su nariz aplastada, con todo el resumen de la desgracia física. Y frente a este ejemplo antiestético veía la figura de Eladia, todo gracia y belleza... Una sola mujer había existido sobre la tierra que le adorase y le cubriera de besos: su madre, y ésta había muerto...

De modo que para el capitán *Quasimodo* no restaba en la vida sino el oprobio de la fealdad. Nunca más manos femeninas pasarían dulcemente sobre la cabellera del desventurado.

Arenal fué encogiendo su alma. Fué retirándola del contacto de la existencia circundante. Fué limitando sus propósitos a un morir cristiano y valeroso... Tal vez pasó por el cerebro del héroe la idea del suicidio; pero él era cristiano, él era creyente; él rezaba cada noche una salve a la Virgen de África... No; matarse no; dejarse morir en el abandono de las obligaciones que Dios le había impuesto, tam-



poco. Resolvióse a continuar su obra de soldado...

Y una mañana en que el general en jefe de las operaciones disponía un plan común decisivo, esperado por la opinión española, hartamente exigente con los que la sirven, nunca generosa en la recompensa, habiendo intervenido artículos de periódicos, discursos parlamentarios y confabulaciones políticas, se organizó un avance. El capitán *Quasimodo* pidió al comandante general el puesto de mayor peligro.

—Ya ha cumplido usted de sobra con esos empeños—contestó el general—. No hay para qué aceptar nuevos esfuerzos

—Mi general—repuso el capitán *Quasimodo*—, yo le ruego que me conceda este honor. Sé que entre las operaciones proyectadas hay una muy difícil. Yo estoy resuelto a ir a ella, si es que vucencia me considera digno de ello.

—Digno, no. Dignísimo. Pero esa operación es de muerte.

—Por eso la quiero.

—Es que yo no ordeno suicidios.

—Lo sé, general; pero aceptará vucencia sacrificios. Y yo quiero sacrificarme.

Hubo un forcejeo de generosidades. El general se entregó. Encomendóse al capitán *Quasimodo* la difícil empresa.

Y cuando el hombre feo iba a despedirse del general, éste le abrazó estrechamente, y le dijo:

—Tal vez me despida de usted para siempre... Es usted el héroe y el mártir, el modelo insustituible de las altas empresas militares y humanas... ¡Adiós, Arenal, adiós!... Si no hubiese en el mundo hombres como usted, no valdría la pena de aguantar las amarguras y las tristezas del egoísmo.

VII

EL MOMENTO DEL HÉROE

En las maniobras y operaciones proyectadas había, en efecto, una ocasión peligrosísima. Era

necesario que un grupo de soldados, haciendo punta en un ángulo de ataque, avanzase entre la hostilidad africana. Se tenía por cierto que pocos de los actuantes conseguiría rebasar el círculo rifeño. Y en la mañana, cuando los pájaros anunciaban las glorias del nuevo día con sus cantos y sus vuelos, el capitán *Quasimodo*, al frente de su columnita, entraba en el recinto trágico. Apenas comenzó el avance, millares de disparos surgieron. Iban cayendo los sacrificados. Y en el momento en que llegaba Julio del Arenal al sitio donde debía establecer un fortín, una bala le hirió en el corazón.

Quasimodo se derrumbó con un alarido espantoso. A que

hombre puso ambas manos sobre el agujero que había producido la bala, queriendo restañar el soplo de la sangre que surgía en borbotones. Aún tuvo tiempo el infeliz para abrir los ojos y mirar al cielo y enviar el alma a la madre y recoger la esperanza del triunfo en la justicia divina.

Y éste fué el término de la vida del capitán *Quasimodo*.

VIII

AMOR TARDÍO

Cuando el cadáver del capitán *Quasimodo* llegó honoríficamente conducido a Melilla en un arnés de artillería, cubierto con la



bandera nacional, el pueblo esperaba el tránsito y el homenaje. Había llegado Julio a una estima unánime de todos. Conocida era la perfección de sus costumbres, su sentimiento religioso, la adoración a la madre que acababa de perder... Y también se sabía que una muchachita melillense le había desatendido en sus pretensiones de amor. Así las fuerzas militares como la policía indígena admiraban la bravura y la nobleza del hombre feo... ¡El capitán *Quasimodo*!... Era un emblema de bizarría y de abnegación...

Por orden del comandante general fué depositado el cadáver del capitán *Quasimodo* en la sala de banderas de un cuartel, hasta

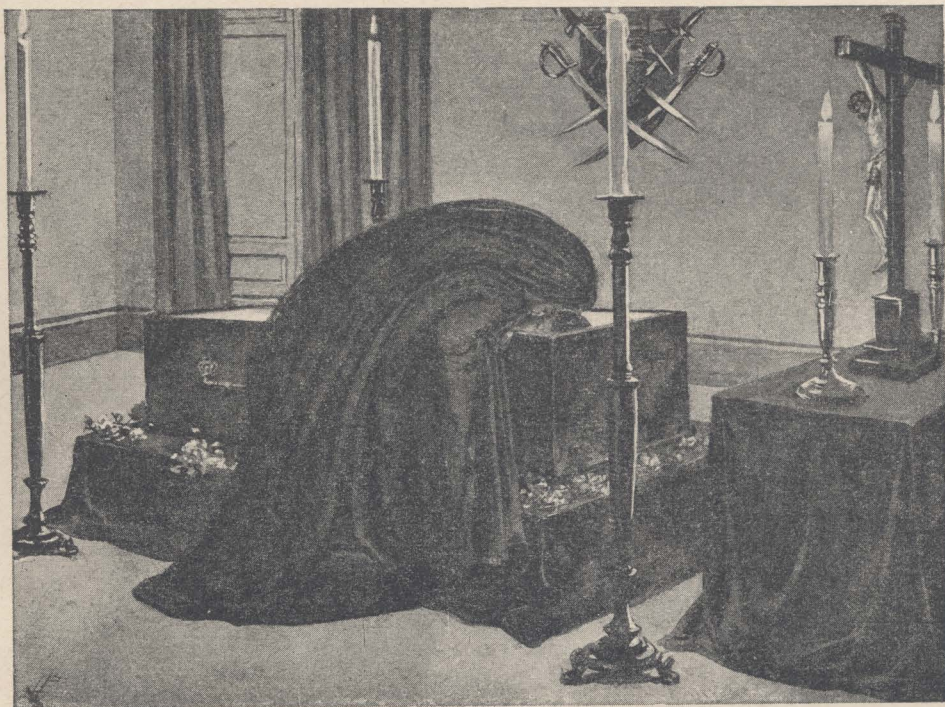
que llegase el momento del sepelio.

Muchedumbre infinita esperaba ese momento. De improviso, apareció entre la concurrencia una mujer joven y hermosa, vestida de negro. Era Eladia. Rogó que le permitieran acercarse al cadáver. Besó la frente del sacrificado. Retiróse con lágrimas y sollozos.

Es que Eladia había advertido al fin que los amores que le ofreciera el caballeroso soldado valían más que todas las perfecciones físicas. Sintió ella esos amores cuando ya no servían de nada...

Y un compañero del capitán Arenal dijo a Eladia :

—¡ Sabe usted quién ha mata-



do a Julio?... No ha sido el fuego fealdades del rostro y admirán-
de los enemigos... Ha sido us- dole con sus virtudes y heroís-
ted... Usted, que no le amó cuan- mos, acabó esta muchacha meli-
do debía amarle... Usted, que no llense la vida en la remembran-
correspondió a los entusiasmos za de un héroe...
de este hombre extraordinario... De este modo las cosas vulga-
Usted ha sido la que ha matado res de la vida se convierten en
al capitán Arenal. tragedia. De esta suerte el héroe

Eladía se alejó estremecida y feo evoca en la actualidad pre-
convulsa. sente las escenas del drama de

Y fué siempre la viuda de un Shakespeare... Con una diferen-
hombre que no había sido su cia. Otelo era feo, pero le adora-
marido. Y recordándole con las ba Desdémona.

FIN

ÍNDICE

EL AVENTURERO

	PÁGS.
I.—Una bofetada.	5
II.—El viaje en la noche.	8
III.—Navegando hacia la tierra nueva.	10
IV.—El rey de la torada.	11
V.—La ola del oro.	14
VI.—Un cablegrama.	17
VII.—El rico italiano.	17
VIII.—Una cuenta corriente.	19

EL SOLITARIO DE DEUSTO

I.—«Juanón el tonto».	21
II.—María de Begoña.	22
III.—Comiendo manzanas.	24
IV.—Eliseo Mayoral.	26
V.—Soledad.	27
VI.—La sugestión.	28
VII.—La prueba.	29
VIII.—Noble reacción.	31
IX.—En el amor de Dios.	32
X.—Cerca del cielo.	33

EL CAPITÁN «QUASIMODO»

I.—Duda ante un tribunal.	36
II.—La historia de un feo.	38
III.—El monstruo y la beldad.	43
IV.—Combates.	44
V.—El monstruo herido.	47
VI.—Soledad definitiva.	49
VII.—El momento del héroe.	50
VIII.—Amor tardío.	51



BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

- | | | |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)
Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño. | El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Metere.
Leedme.
Episodios de animales.
Los hijos del héroe.
El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
A B C. El libro de oro de los niños.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza. | Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinson Crusoe.
Lo que puede más que el hombre.
Lo que somos.
Cuentos de los hermanos Grimm.
Las famosas aventuras de don Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abuelito.
En vacaciones.
Genoveva de Brabante.
Niños de todas clases. |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|

BIBLIOTECA SELECTA

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | | |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (Tomo 1.º)
11. Cuentos de Andersen. (Tomo 2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícaro vanidad. | 22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Angel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «Cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante. (Primera parte.)
40. Una ciudad flotante. (Segunda parte.) | 41. Miguel Strogoff. (Primera parte.)
42. Miguel Strogoff. (Segunda parte.)
43. Las Indias negras. (Primera parte.)
44. Las Indias negras. (Segunda parte.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma. — El Canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac (1.º)
58. Id. id. (2.º)
59. El maestro Zacarias.
60. Martín Paz. |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|